

El miércoles 22 de julio se llevó a cabo la actividad científica denominada *La peste, el otro, el psicoanálisis y todos nos-otros*, trabajo realizado por la psicoanalista Silvana Hernández.

Dicha actividad fue organizada por dos instituciones: Audepp y Aupcv. Se pensó en su carácter interinstitucional, intergeneracional e interdisciplinar.

Contamos con la participación del licenciado en psicología y presidente actual de Aupcv, Diego Monetti; con el doctor en Medicina y psicoanalista, Marcelo Viñar, y el doctor en Filosofía y licenciado en Letras, Fernando Andacht.

El texto de Silvana Hernández es un texto que invita a una lectura reposada, en un ritmo pausado que propicia la apertura al pensamiento, a la imaginación, al afecto. La música, la poesía, la escritura ofician como sendas por donde circulan los sentidos y los afectos. El arte en su polisemia sobrevive al miedo, a la desesperanza, al desencanto, y Silvana Hernández nos acerca este universo musical, poético, narrativo, desde una mirada psicoanalítica que va más allá de la vicisitud que nos toca vivir.

Monetti inicia su comentario haciendo referencia al trabajo como un montaje, en tanto la autora nos acerca elementos de la música, la poesía y la narrativa y los despliega creativamente. Es a través de las imágenes donde asoman afectos y sentidos, los cuales aluden al contexto actual. En el inicio del trabajo, Hernández hace referencia a la canción *Desafinado* de Joao Gilberto. La música, en palabras de Monetti, se puede definir como «un montaje de acordes, de melodías, de silencios de diferente duración, tiempos pulsados que van componiendo un ritmo y un clima sobre el que se monta la letra».

La disonancia, eso que al oído le resulta extraño y fuera de la escala natural, que produce una falta de correspondencia entre los sonidos de un conjunto, produce un desvío y, nos dice Monetti, genera conflicto, sordera, aturdimiento, ruido; pero también puede funcionar como algo creativo y dar lugar a una nueva composición. Hernández nos dice en su trabajo: «El otro es inabarcable, diverso, heterogéneo. Para ser otro, para poder ser otro, se resiste a mí, a mi búsqueda, a mi intento de conocerlo. El otro no está del todo disponible para mí, y esa no del todo disponibilidad podría ser una definición de *otro*».

El otro, nos dice Monetti, nos desafina y nos obliga a un descentramiento, y este efecto produce ajenidad. Trae a Isidoro Berenstein y menciona que a pesar de la identificación siempre habrá algo del otro que no se incorpora, eso ajeno es inmanente a la presencia del otro. Esta paradoja es característica y constitutiva del vínculo. Levinas, prosigue Monetti, es un autor que Hernández nombra en su trabajo, y hace referencia a que la experiencia de estar con ese otro es ética y no ontológica.

Monetti se pregunta: ¿cómo alojar aquello que se nos presenta como ruptura, como inconsistente, como crisis? La pandemia irrumpe y sacude lo cotidiano.

Y provoca, también, que eso inaprensible e incomprensible pueda crear y producir algo inédito, llevándonos a nuevas respuestas, porque el conflicto y la disidencia nos conducen al pensamiento.

Hernández se pregunta: ¿somos otros después de la pandemia?

«La nueva realidad se nos presenta como un todo incuestionable. ¿Qué nueva realidad queremos construir? ¿Es esta la que nos proponen y a la que debemos resignarnos? ¿Es exterior a nosotros, queremos volver a lo mismo, a lo anterior?».

Una pregunta clave, nos dice Monetti, del trabajo es: ¿cuál es el lugar del psicoanálisis en esto que nos está ocurriendo? Esta pregunta alude a la dimensión del deseo, la política y la ética, dimensiones que están interrelacionadas en el texto de Silvana Hernández. La autora enfatiza que el papel del psicoanálisis en este contexto, en esta experiencia, es rescatar el gesto de la escucha, de la palabra, otorgándole un lugar a la singularidad y al sufrimiento del otro.

Andacht destaca que este es un texto de placer, que hay que leerlo detenidamente. Aclara que no pretende detenerse en lo que ha llamado la «tetanización del pensamiento, la peligrosa unanimidad, esa suerte de manto de velo que parece haber detenido el proyecto de la ilustración de poder pensar libremente, críticamente, porque es muy difícil hacerlo cuando hay una secreción de miedo constante.»

Andacht destaca que en esta nueva realidad existe una impregnación, una redundancia y una falta de información, de desinformación. Alude a la frase «nueva normalidad» como una «predicación imposible, en la cual no hay un maridaje entre el adjetivo nuevo y la normalidad».

«La normalidad siempre es, a secas, lo que los seres humanos tenemos como semiósfera, el mate en el que nacimos, los abrazos, los contactos, la confianza básica en el otro, no como ser contaminante sino como ser eventualmente amigo, o quizás lo opuesto, pero como un campo a conocer y no a temer.»

Este oxímoron (nueva normalidad), es un despropósito, porque lo normal jamás puede ser impuesto, nos dice Andacht. Lo normal no causa alarma, ni el temor de que el medio, vehículo de destrucción, esté por ejemplo en la imagen de los niños con escafandras en las escuelas.

El texto dice «las palabras nombran y crean el mundo». Peirce, el padre de la semiótica moderna o teoría de los signos, dice que «los seres humanos y las palabras se educan unos a otros. Cada incremento de información del ser humano involucra el correspondiente incremento de información de la palabra».

Sin signos, nos dice Andacht, no hay capacidad ni de sentir, ni de pensar ni de conocer a otros, y esta dialéctica se encuentra en la base de la semiótica.

Destaca lo que llamó AMD (Alarma Mundial Desestabilizante) lo cual provoca que la razonabilidad disminuya y que día a día el ser humano acepte más cosas.

Y las palabras que en el presente escuchamos y que se han convertido, nos dice Andacht, como en nuestra segunda atmósfera son como decía Peirce: un obstáculo al camino de la investigación. Cuando para Peirce la investigación supone «la rapidez para reconocer el error».

Viñar recuerda a Mendilaharsu haciendo referencia al término *normalidad* cuando aludía a que la salud mental es un estado transitorio. Para Viñar, lo interesante de estos encuentros es la manifestación de heterogeneidades, el generar polémica y diversidad. Una de los ejes en los que plantea diferencia es cuando hace referencia a que no es lo mismo la peste que Freud lleva a EE.UU que la peste actual, ya que el Covid 19 es un tema de virólogos, epidemiólogos y otros expertos en salud pública, y que con la vacuna se podrá arreglar. Mientras que la peste que lleva Freud a EE.UU es «un agente etiológico incurable, no hay vacunas y no es asunto de virólogos sino de freudianos, y los freudianos trabajamos siempre en el borde entre la razón y la insensatez, y para la insensatez humana no hay vacuna descubrible por ningún laboratorio. La clínica del psicoanalista es una clínica del a posteriori de lo ya acontecido».

El otro punto en el que Viñar repara refiere a que «la pandemia genera un efecto ensordecedor de la complejidad, genera un efecto de aturdimiento», que hace olvidar los problemas de este siglo que tienen una enorme complejidad.

Lo que es vida es inestable y cambiante y, nos dice Viñar, hablar de normalidad, estabilidad y salud mental implica reducir a lo inerte lo que es movimiento.

Para Viñar, este momento confronta la noción de progreso civilizatorio.

Poder pensarnos como una especie depredadora; no hay vacuna contra esta insensatez de nuestra condición depredadora. Lo que importa es saber que detrás de la pandemia el desafío actual podría calificarse como una falta de equidad distributiva. La diferencia de ingresos entre los ricos y los pobres del planeta ha llegado a aspectos previos a la modernidad, a realidades casi medievales.

Lo grave entonces no es la figura de Trump y Bolsonaro, sino el carácter de verdades absolutas y unánimes, desconociendo lo que Hanna Arendt llama el rasgo más fundamental de la condición humana, que es la diversidad. La revolución digital a la vez que abre posibilidades cierra lo más humano del ser humano, que es esa sensibilidad del abrazo, todo lo que del afecto no tiene vehículo en la palabra conceptual sino en la palabra afectiva.

Si para algo nos sirve este confinamiento es para sacarnos del vértigo e instalarnos en este tiempo más lánguido, con tedio, con protesta, y puede ser la oportunidad de un encuentro con nosotros mismos y con los demás.

Reseña realizada por la licenciada Mariana Rubio (integrante de la Comisión Científica)